

gañado tomando un fantasma por un ser real, ó á otro hombre por aquel con quien se imaginaban conversar, y que en sus piés y sus manos agujereadas, en su costado abierto ofrecía aun una señal, imposible de contrahacer, imposible de desconocer, de la identidad que estos testigos afirman? Ciertamente el género humano responderá que es necesario ó creer á estos testigos, ó desechár toda especie de testimonio.

Luego si negando el testimonio no se quiere destruir la base de toda certeza, es preciso reconocér que Jesucristo ha resucitado, y que no hay hecho mas cierto.

Mas si Jesucristo ha resucitado, como lo habian predicho los Profetas, y como lo habia predicho él mismo; luego él es el verdadero Mesías; el libertador esperado por todos los pueblos: luego el Cristianismo es divino.

Y si Jesucristo es el verdadero Mesías, *el Deseado de las naciones*, él es todo lo que las naciones habian entendido que debia ser, todo lo que los Profetas habian dicho que seria, es decir: el verdadero *Hijo de Dios engendrado antes del lucero de la mañana, su Palabra, su Sabiduría, su Verbo*; él es Dios, él *Jehovah*, como lo llaman los Profetas, al mismo tiempo que le representan como *uno de nuestros hermanos*; como un hombre semejante á nosotros; y el misterio del *Hombre-Dios*, que es el fundamento de nuestra ley, como lo fué siempre de la fe de los justos en el mundo entero, manifiestamente se ha cumplido en él.

El que negare estas consecuencias, ó sea los hechos de que se deducen, negaría la razón humana. Luego tan cierto como es que hay razón humana, lo es que el Cristianismo es verdadero. Despues de esto dispútese en horabuena, subtilícese, dúdese, si se quiere, esta verdad; niéguese: ¿qué importa á la Religion, que no por eso queda menos inmutablemente lo que es en sí? ¿Qué le importa á Dios, cuya justicia alcanza inevitablemente á las criaturas insensatas que huyen de su misericordia? El no ha querido violentar su fe ni sus homenajes. llenando el Universo de esplendor y de magnificencia, no violenta al hombre á gozar de sus beneficios. Por más brillante que sea la luz, no puede alumbrarlé á pesar suyo. En medio de su mayor claridad él es libre de

sustraerse de ella: para hallar las tinieblas basta cerrar los ojos.

Sin embargo hay pocos incrédulos que lleguen á separarse enteramente de la verdad. Hay momentos en que ella los subyuga, y entonces se les ve, por un movimiento involuntario, prosternarse á su presencia. En el tiempo mismo en que la resisten, se les escapan mil confesiones que son juntamente la apología de las doctrinas que impugnan, y la condenacion de las que defienden; porque no viviendo el espíritu sino de la verdad, no podría combatirla á la vez toda entera: y siempre á la sombra de lo verdadero se esfuerza á sostener lo falso. De ahí esas innumerables contradicciones que llenan las obras de los incrédulos; de ahí las concesiones forzadas que hacen al Cristianismo, de modo que no se necesita mas que sus propias palabras para establecer claramente su divinidad¹; como lo vamos á mostrar con el ejemplo de Rousseau.

« Cuando Dios, dice, da á los hombres una revelación » que todos están obligados á creer, es necesario que la » establezca sobre pruebas acomodadas para todos, y » por consiguiente que sean tan diversas como los mo- » dos de ver de los que deben adoptarlas². »

De que las pruebas de la Religion deben ser *buenas para todos*, no se siguió que deban ser *diversas para cada uno*. A excepcion de esto, el principio es verdadero. Veamos la consecuencia.

« Sobre este argumento, que me parece justo y sen-

1 Se hallan escritas en efecto por M. Merault las obras intituladas: *Los Apologistas involuntarios*, y *Voltaire apologista de la Religion cristiana*; en donde con sus mismas palabras se establece su divinidad. ¡Ojalá que en la traduccion española de la primera no se hubiera permitido en una nota (p. 278) establecer la malhadada *Soberania del Pueblo!*... nota que por experiencia podemos decir disipó todo el buen fruto que habia hecho la lectura de la obra en un jóven, á quien se le dió á leer para reducirlo al verdadero camino, del cual lo habian separado los papeles constitucionales: esto debe cautelar mucho á los autores para no hacer jamás concesiones al error. Este tímido al principio, si llega á tomar entrada se hace osado, y todo lo contamina. Lo mismo pudiéramos decir de los elogios dados á la obra de *Tolerancia* de Trautsmendorf, cuyas ideas son bien conocidas.

2 *Lettres écrites de la Montagne*, p. 85, 86.

» cillo, se ha hallado que Dios habia dado á la mision
 » de sus enviados diversos caractéres que hacen esta
 » mision conocida á todos los hombres grandes y peque-
 » ños, necios y prudentes, sabios é ignorantes...

» El primero, el más importante, el más cierto de es-
 » tos caractéres, se toma de la naturaleza de la doctrina,
 » es decir, de su utilidad, de su perfeccion, de su santi-
 » dad, de su verdad, de su sublimidad, y de todas las
 » otras cualidades que pueden anunciar á los hombres
 » las instrucciones de la suprema Sabiduría, y los man-
 » datos de la suma Bondad. Este carácter es, como ya
 » he dicho, el más seguro, más cierto y más infalible;
 » pues lleva en sí mismo una prueba que le dispensa de
 » toda otra ¹. »

No se trata aquí de averiguar si el exámen de la doctrina es el medio general dado á los hombres para reconocer ciertamente la verdadera Religion. Rousseau mismo confiesa que este carácter es « el más difícil de justificar, pues exige para ser sentido ² estudio, reflexión, conocimientos, discusiones que no convienen sino á hombres prudentes, instruidos y que saben razonar y discurrir ³. » Mas en fin, Rousseau se contaba sin duda entre los *hombres sabios, prudentes, instruidos, que saben discurrir*, y no creemos que ningun deista le niegue estas cualidades. Pues díganos él, si el Cristianismo, al cual otro deista llama *la más perfecta de las religiones* ⁴, posee el primero de estos caractéres *que hacen la mision de los enviados divinos conocida de todos los hombres*.

En el mismo libro y en la misma página de donde hemos tomado estas palabras, leemos también estas: « En punto á moral, solo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre semejante á sí mismo ⁵. » Luego el carácter de divinidad *más seguro, más infalible, y que lleva en sí una prueba que dis-*

¹ *Lettres écrites de la Montagne*, p. 86, 87.

² Como Rousseau afecta siempre el uso de la palabra *sentir* por percibir, conocer, juzgar, la hemos conservado, para que se sienta mejor su pensamiento.

³ *Ibid.*, p. 87. — ⁴ Lord Herberto Cherbury, *Religio laici*, p. 28.

⁵ *Lettres écrites de la Montagne*, p. 87, not.

pensa de toda otra, pertenece manifiestamente al Evangelio, y solo al Evangelio.

Acaso se dirá que en este pasaje no se trata de toda la doctrina del Evangelio, sino únicamente de su moral. Aun cuando así fuese, esto bastaria; porque una moral que sea *siempre verdadera, siempre única* es evidentemente *sola* la moral divina; y por consiguiente *sola* la Religion que enseña esta moral es también la *única* Religion divina. Esto nos parece claro é incontestable. Sin embargo, si se quiere además una confesion formal de Rousseau, no nos negamos á presentarla.

« Las ciencias, dice, están hoy florecientes; la literatura y las artes brillan entre nosotros; ¿mas qué provecho ha sacado la Religion? Preguntémoslo á esa multitud de filósofos que se jactan de no tener ninguna... La ciencia se dilata y la fe se extingue. Todo el mundo quiere enseñar á obrar bien, y ninguno quiere aprenderlo; todos nos hemos constituido doctores, y hemos dejado de ser cristianos.

» No, no fué con tanto arte y aparato como se extendió el Cristianismo en todo el Universo, y como su hermosura encantadora penetró los corazones. Este libro divino, el único necesario á un Cristiano, el más útil de todos, aun para los que no lo son, no necesita mas que meditarle para excitar en el alma el amor de su autor y la voluntad de cumplir sus preceptos. Jamás la virtud habló un lenguaje tan suave; jamás la sabiduría más profunda se expresó con tanta energía y sencillez. » No se deja su lectura sin sentirse mejor que antes ¹. »

No se podria reconocer más expresamente en la doctrina del Evangelio *la utilidad, la perfeccion, la santidad, la verdad, la sublimidad* que forman el carácter *más cierto é infalible de la mision de los enviados divinos*. Luego negar la *mission divina* de Jesucristo que vino á traer al mundo la doctrina del Evangelio, es negar una verdad, un hecho *infaliblemente cierto*.

« El segundo carácter es el de las personas escogidas » de Dios para anunciar su palabra: su santidad, su veracidad, su justicia, sus costumbres puras y sin tacha,

¹ *Réponse au Roi de Pologne. Mélanges*, t. IV, p. 268, 269.

» sus virtudes inaccesibles á las pasiones humanas, junto
 » con las cualidades del entendimiento, razon, talento,
 » ciencia y prudencia, son otros tantos indicios res-
 » tables, cuyo conjunto ó reunion, cuando en nada se
 » desmiente, forma una prueba completa en su favor, y
 » dice que ellos son mas que hombres ¹. »

Y este segundo carácter que, aunque menos cierto que el primero, segun Rousseau, *mueve con preferencia á los buenos y rectos* ², ¿se halla en el Cristianismo? ¿Jesucristo poseyó todas las cualidades, cuya reunion ó conjunto forma una prueba completa de la mision divina? Escuchemos al mismo filósofo.

« Os confieso que la majestad de las Escrituras me
 » enagena, y la santidad del Evangelio habla á mi cora-
 » razon. Ved los libros de los Filósofos con toda su
 » pompa: ¡qué pequeños son al lado de este! ¿Es po-
 » sible que un libro, á un tiempo tan sublime y tan sen-
 » cillo, sea obra de los hombres? ¿Será posible que
 » aquel, cuya historia nos refiere, sea un puro hombre?
 » ¿Es acaso aquel el lenguaje de un entusiasta, ó de un
 » sectario ambicioso? ¡Qué gracia tan tierna en sus ins-
 » trucciones! qué mansedumbre, qué dulzura, qué
 » inocencia en sus costumbres! qué elevacion en sus
 » máximas! qué sabiduría tan profunda en sus dis-
 » cursos! qué presencia de espíritu! qué delicadeza!
 » qué exactitud en sus respuestas! qué imperio sobre
 » las pasiones! ¡Dónde está el hombre, dónde el sabio
 » que sepa obrar, padecer y morir así, sin debilidad y
 » sin ostentacion! Cuando Platon describe al justo ideal
 » é imaginario, cubierto de todo oprobio del cri-
 » men, y digno de todo el premio de las virtudes,
 » pinta rasgo por rasgo á Jesucristo: la semejanza es
 » tan evidente, que todos los PP. la han advertido, y
 » no es posible engañarse en ello ². ¡Qué cúmulo de pre-

¹ *Lettr. écrites de la Montagne*, p. 87, 88. — ² *Ibid.*

³ En efecto la semejanza es patetisima. El justo de Platon, desconocido, ultrajado, perseguido, persevera hasta la muerte en la virtud, que no atrae sobre él mas que trabajos y padecimientos. « No penseis, añade Platon, que soy yo el que lo digo; pero los malos serán los que dirán que este justo debe ser azotado con varas, atormentado, cargado de cadenas, y al fin colgado en un pati-

» ocupaciones, que ceguedad no es preciso tener pa-
 » ra atreverse á comparar al hijo de Sophronisco con
 » el Hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Só-
 » crates muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene
 » fácilmente su carácter hasta el fin; y si esta muerte
 » fácil de sostenerse, no hubiese honrado su vida, se
 » dudaria si Sócrates con todo su ingenio, no habia sido
 » mas que un sofista. — Inventó, se nos dice, la moral.
 » — Otros antes que él la habian practicado: no hizo
 » mas que decir de palabra lo que aquellos habian puesto
 » por obra; dar en lecciones sus ejemplos. Aristides
 » habia sido justo antes que Sócrates definiese la justi-
 » cia: Leonidas habia muerto por su patria, antes que
 » él dijese que era un deber morir por ella: Esparta era
 » sobria, antes que Sócrates hubiese alabado la sobrie-
 » dad: antes que él hubiese definido la virtud, la Gre-
 » cia abundaba en hombres virtuosos. Pero ¿dónde
 » aprendió Jesus entre los suyos aquella moral sublime
 » y pura, de que él solo ha dado lecciones y ejemplos?
 » Del seno del mas furioso fanatismo ¹ se hizo oír la mas
 » alta sabiduría, y la sencillez de las mas heroicas vir-
 » tudes honró al mas vil de todos los pueblos ². La muerte
 » de Sócrates filosofando tranquilamente con sus ami-
 » gos es la mas dulce que se puede desear; la de Jesus
 » espirando entre tormentos, injuriado, escarnecido,
 » maldecido por todo un pueblo, es la mas horrible
 » que se puede temer. Sócrates tomando la copa enve-
 » nenada, bendice al que se la presenta, el cual al tiem-
 » po de dársela llora de compasion; Jesus en medio de
 » un suplicio horrible, ruega por sus mismos verdu-
 » gos. Es innegable: si la vida y muerte de Sócrates
 » son de un sabio: la vida y la muerte de Jesus son de
 » un Dios ³. »

¿Qué falta á esta pintura de lo que Rousseau exige

» bulo. » *De republic.* lib. 2. *Oper.* tom. VI, p. 215. Edit. Bibont. Dejamos este pasaje á la consideracion de los lectores.

¹ Todos los filósofos del último siglo han declamado con un *fanatismo furioso* contra los Judios. Este pueblo los embaraza.

² ¿Es acaso porque solo él daba culto al verdadero Dios, que era el *mas vil de todos los pueblos*?

³ *Emile*, lib. 4, tom. III, p. 40, 41, 42.

para formar una prueba completa en favor del hombre escogido por Dios para anunciar su palabra? Hé aquí pues, segun el mismo Rousseau, una segunda prueba completa de la divinidad del Cristianismo. Y observad además que el reconoce que *la vida y la muerte de Jesus son de un Dios*; palabras que no tienen ningun sentido, si no significan que Jesus es realmente Dios. Prosigamos.

« El tercer carácter de los enviados de Dios es una » emanacion del poder divino, que puede interrumpir » y mudar el curso de la naturaleza al arbitrio de los » que reciben esta emanacion. Este carácter es sin con- » tradicion el mas brillante de los tres, el mas sensi- » ble, el que mas pronto salta á los ojos, el que, mos- » trándose por un efecto súbito y sensible, parece exigir » menos exámen y discusion : por eso este carácter es » tambien el que especialmente mueve y persuade al » pueblo, incapaz de racionios seguidos, de observa- » ciones lentas y seguras, y en todas cosas esclavo de » sus sentidos¹. »

Este último carácter es *equivoco* segun Rousseau, quien no quiere que se pueda estar plenamente cierto de la realidad de un milagro. Sin embargo, por *equivoco* que sea á sus ojos este carácter, no lo es tanto que llegue á quitarle toda fuerza de prueba : No, « la bondad divina, dice, se presta y acomoda á las debilidades del vulgo², y quiere darle pruebas que sirvan para él³. » Es de creer que pruebas que *Dios da*, tengan algun peso. Pero lo que puede parecer muy singular es, que Rousseau mismo, quien disputa aquí de la posibilidad de cerciorarse de ningun milagro, hable en otra parte sin la menor sombra de hesitacion *de todos los milagros con que Dios honraba la fe de los Apóstoles*⁴. Por lo demás, sea cual se quiera su creencia real en esta parte, ya hemos probado que es necesario abjurar el sentido comun, y renunciar enteramente á la

¹ *Lettres écrites de la Montagne*, p. 88.

² ¡Qué afectuosa no es esta piedad filosófica! ¡Con qué modesta sencillez el *sabio* se eleva sobre el *vulgo* y se declara exento de sus debilidades!

³ *Lettres écrites de la Montagne*, p. 89.

⁴ *Réponse au Roi de Pologne. Mélanges*, t. IV, p. 262.

razon humana, para negar que las obras de Jesus fueron verdaderos milagros. Así que, de los tres caracteres que, segun el mismo Rousseau, establecen y prueban la mision de los enviados divinos, por confesion suya, dos convienen manifiestamente á Jesucristo. El tercero confiesa igualmente que le conviene *en toda la fuerza que puede tener*; y esta fuerza, como hemos visto, es tal que no hay otra mayor.... Dejemos pues ahora á Rousseau sacar las consecuencias.

» Es claro que cuando todas estas señales se hallan » reunidas, son suficientísimas para persuadir á todos » los hombres, á los sabios, á los buenos y al pueblo; » á todos, excepto á los locos, incapaces de razon, y á » los malos, que de nada quieren convencerse.

» Estos caracteres son las pruebas de la autoridad de » aquellos en quienes se hallan ó residen; son las razones, por las cuales está uno obligado á creerlos. De » que todo esto es verificado, la verdad de su mision » está establecida, y pueden entonces obrar con derecho y autoridad en cualidad de enviados de Dios. » Las pruebas son los medios: la fe debida á la doctrina » es el fin¹. »

» Así, reconociendo en el Evangelio la autoridad divina, creemos á Jesucristo revestido de esta autoridad; reconocemos una virtud mas que humana en su conducta, y una sabiduría mas que humana en sus leccionnes. Hé aquí nuestra decision última, lo que » tenemos por seguro². »

Deistas, no olvideis estas palabras de uno de vuestros maestros: acordaos que Jesucristo *estaba revestido de la autoridad divina*, que por lo tanto *se está obligado á creerle*, que *es debida la fe á su doctrina*, y que él *tiene derecho y poder* por mandar en nombre de Dios. Conservadlas bien, retenedlas en la memoria, porque un dia os serán citadas, cuando á presencia de los hombres reunidos para dar cuenta de sus pensamientos y de sus obras, se os pregunte porque no habeis creído en Jesucristo, ni en los que él habia encargado anunciar su

¹ *Lettres écrites de la Montagne*, p. 89. — ² *Ibid.* p. 30.

doctrina, ni aun á aquellos mismos que han reconocido su verdad impugnándola y combatiéndola.

¿Y qué mas podía ó debía hacer Dios para convencer á todos los espíritus, y persuadir á todos los corazones? ¡Ah! durante el espacio de cuatro mil años abre lo futuro á las miradas del hombre, á fin de prepararlo á los misterios que debían cumplirse. La historia del Libertador prometido estaba escrita hacia ya mucho tiempo, cuando él pareció sobre la tierra; y el género humano tiene tres Evangelios que, perfectamente semejantes en lo sustancial, no se diferencian los unos de los otros sino por el mayor desarrollo ú explicación; el Evangelio de la tradición patriarcal, el Evangelio de los Profetas, el Evangelio, en fin, de Jesucristo. Si se desecha uno solo, es necesario desecharlos todos; es necesario abjurar no solamente la fe de los Cristianos, la fe de los Judíos, sino la creencia general de todas las naciones; es necesario decir, que despues de sesenta siglos de error y de locura universal, han venido algunos hombres á traer al mundo la verdad y la razon²; que la razon es la duda; la verdad la ignorancia absoluta de lo que se debe creer, y por consiguiente la incertidumbre de lo que se debe practicar. En vano para confirmar su palabra, y vencer la resistencia de los espíritus mas desconfiados, para doblar y humillar el orgullo incrédulo, Dios habrá manifestado su poder con milagros confesados de los Judíos y de los Gentiles: unos negarán estos milagros, porque no los comprenden; otros pretenderán que no pueden cerciorarse de su verdad; y el hombre rebelde á todos los beneficios de su Criador y de su Salvador, defenderá su independencia contra la autoridad de Dios, contra la *hermosura encantadora* de su ley, como defiende las tinieblas contra su luz. ¿Qué hará pues? ¿Cómo le ilustrará? ¿Cómo le moverá? A no quitarle la libertad, ni aun el Todopoderoso puede impedir su ruina, si él ha resuelto perderse inmutablemente. ¡Gran Dios! ¡qué espantoso espectáculo el de un sér, que repeliendo la

1 Quid est quod debui ultra facere, et non feci? *Isaï.* v. 14.

2 « La razon ha llegado ya tarde; es una divinidad que se ha dejado ver solamente de pocas personas. » Voltaire, *Remarq. sur l'hist. génér.* § 4, p. 43.

felicidad que le ofrecéis, que le imponeis como una obligacion, pelea obstinadamente por asegurar su ruina, y crearse en el seno de la vida una muerte eterna!

Tal es la ceguedad monstruosa de los enemigos del Cristianismo: se acobardan de la salud, y se irritan contra la misericordia. Cristianos, venid á contemplarlos, para que conozcais hasta donde se puede descender por la soberbia, y para que deis gracias tambien á aquel, cuya mano os detiene sobre el borde de este abismo. Mirad, y humillaos: ved ahí lo que es el hombre abandonado á sí mismo; cuando no está sostenido por la fe. Mirad, y temblad: la indiferente desesperacion de la razon es mil veces mas terrible que el frenesí de una pasion violenta; su calma pavorosa tiene un no sé qué de la inmovilidad del infierno.

¡Oh! despues de haber fijado la vista sobre estos extravíos del corazon humano, ¡de cuánto consuelo es volverlos hácia una Religion que Dios ha marcado visiblemente con el sello de su verdad, al investir de su poder á los enviados que debían anunciarla al mundo! En vez de *fluctuar á todo viento de doctrina*¹, ¡cuán delicioso es reposar en estas creencias invariables, y volver á hallar su fe en la fe de todos los lugares y de todos los tiempos! Una santa fraternidad de amor y de esperanza une en el Salvador de los hombres todas las generaciones de los justos. Ellos pasaban en otros tiempos sobre la tierra deseando su advenimiento, y ahora pasan bendiciendo su venida; y un dia se juntarán todos en el reino de su Padre, adonde él mismo ha ido á *prepararles su lugar*². ¡Jerusalen divina, ciudad de felicidad y de gloria, patria inmortal de los hijos de Dios! ¡es posible que el hombre consienta en no verte jamás, en no ver á Jesus, ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu, que procede de ambos! ¡Ah! ¡este es el milagro del infierno! ¡Oh buen Jesus! tened piedad de estos pobres ciegos, reanimad estas almas lánguidas, sanad estos corazones enfermos, decid á estos paráliticos: levantaos, y venid á mí; resucitad estos muertos, para que no perezcan con una muerte aun mas

1 *Ad Ephes.* IV, 14.

2 Vado parare vobis locum. *Joan.* ix, 2.

terrible. Si una sola vez se aproximan á vos, si una sola vez sus ojos os contemplan, ellos creerán y serán salvos; porque seguro es que vos sois la prueba mas sensible de la verdad de la Religion que habeis establecido; y para confundir al impío, que osa negar la divinidad del Cristianismo, basta mostrarle á Jesucristo.

CAPÍTULO XI.

JESUCRISTO.

Para conocer á Jesucristo, segun todo lo que es, se necesita elevarse sobre los tiempos, y penetrar con el Apóstol hasta el seno del Sér infinito.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en » Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con » Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de » lo que fué hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y » la vida era la luz de los hombres. Era la luz verdadera » que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. Y » el Verbo se hizo carne¹, y habitó entre nosotros, y vi- » mos la gloria de él, gloria, como² del Unigénito del » Padre, lleno de gracia y de verdad³. »

Basta : todo está revelado : sabemos ya lo que es el Cristo. Es el Verbo de Dios, su Hijo único, engendrado de toda la eternidad, y que permaneciendo lo que no pudo jamás dejar de ser, se dignó tomar nuestra naturaleza, y revestirse de nuestra carne mortal; y el Verbo se hizo

1 Se hizo hombre. El Evangelista dice *carne* : 1º para distinguir mas claramente las dos naturalezas de Jesucristo : 2º para mostrarnos la bondad y caridad inmensa de Dios, que se dignó tomar la porcion mas vil y abatida que hay en el hombre.... Se hizo carne, no mudando su sér, ni convirtiendo el Verbo en carne, sino tomando la naturaleza humana, y uniéndola con la divina. *P. Scio.*

2 Como, esto es, del verdadero Unigénito del Padre; ó gloria, qual convenia al Hijo Unigénito del Padre.

3 *Joan.* 1, 1 et seqq.

carne, y habitó entre nosotros. Unió pues en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana; y estas dos naturalezas, siempre distintas, no forman mas que una sola persona, Jesucristo, el Dios-Hombre, que era la *esperanza de las naciones*¹. Ellas no le han esperado en vano : pareció en el tiempo señalado, y vimos su gloria, la gloria del Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Misterio admirable sin duda, pero no obstante misterio tan análogo á nuestras necesidades y á nuestra razon, tan creíble en fin, que ha sido perpetuamente creído desde el principio de los siglos.

¿Pero qué fin se propuso el Verbo Divino encarnando? ¿Qué secretos designios le movieron á unirse á nuestra naturaleza? ¿Porqué el Hombre-Dios, porqué Jesucristo?... ¿Qué ha venido á hacer aquí bajo? Ha venido, dice San Pablo, á restaurar todas las cosas en los cielos y sobre la tierra² : esta es su mision. ¿Os parece muy grande? ¿Es digna de aquel *por quien todas las cosas han sido hechas*, y que solo las podia restaurar?

Estas palabras del Apóstol responden suficiente-mente á las preguntas que el hombre puede formar sobre el objeto de la encarnacion del Verbo, pero responden sin satisfacer plenamente su curiosidad, porque Dios, que no le oculta ninguna verdad que le es realmente útil, no se ha empeñado en satisfacer su curiosidad vana é insaciable. No se nos pregunte pues qué es esta restauracion de los cielos; de que habla San Pablo : la ignoramos enteramente : ¿y qué nos importa saberlo, viviendo aun en la tierra? Lo sabremos un dia, si merecemos que Dios nos instruya de ello. Todo lo que al presente nos es dado comprender, es que el amor divino se ha manifestado mas brillante por la Encarnacion, no solo en el mundo que habitamos, sino aun sobre todos los mundos, hasta en las alturas mas sublimes de los cielos.

1 Et ipse erit expectatio gentium. *Genes.* XLIX, 10.

2 Instaurare omnia in Christo, quæ in cælis, et quæ in terra sunt in ipso (*Ad Ephes.* 1, 10). Et per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ in terris, sive quæ in cælis sunt. *Ep. ad Coloss.* 1, 20.